

En esta ocasión hemos seleccionado un documento excepcional para nuestro encarte. Se trata de una intervención pública de Vicente Lombardo Toledano donde defiende con inteligencia y patriotismo el petróleo mexicano. El texto es de 1940, cuando comenzaba la terrible Segunda Guerra Mundial y las potencias aliadas aún presionaban a México para no seguir adelante con la nacionalización del petróleo. En estos momentos de enorme pobreza intelectual y política, donde las figuras "carismáticas" son demagogos de poca monta, Vicente Lombardo Toledano crece. Hombre distinguido, militante político de izquierda, dueño de una inteligencia y cultura excepcionales, supo analizar la situación de México y del resto del planeta con extraordinaria lucidez. Su trabajo es de suma importancia para el país. Sus polémicas estremecieron al país y sus discursos y creaciones, como la CTM y la CTAL, en su momento fueron de enorme utilidad para frenar el avance del fascismo.

Vicente Lombardo Toledano fue un ser privilegiado capaz de improvisar con brillantez, pero él prefirió escribir y gracias a ello y a la tenacidad de su hija Marcela Lombardo, directora del Centro de Estudios Políticos, Filosóficos y Sociales Vicente Lombardo Toledano hoy es posible consultar su portentosa obra.

No hace mucho la UAM-X volvió a publicar su Carta a un joven socialista, un documento conmovedor y agudo que valdría la pena que los jóvenes del momento volvieran a leer para mejor comprender los valores de una propuesta política que la globalización se empeña en destruir.

Personajes históricos como Juárez, el general Cárdenas y Lombardo Toledano tendrán que ser revalorados, estudiados y puestos en vigencia (que de hecho jamás la han perdido: ningún Fox podrá restarles el menor mérito). En último caso, la portentosa obra de Lombardo Toledano crece y nos permite, con su conocimiento histórico, vislumbrar un México mejor y más racional.

Tomado del libro *Defensa del petróleo mexicano*. Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano. México, D.F. 2000.

El Búho

Aniversario de la expropiación petrolera

Después del fusilamiento del archiduque Maximiliano de Habsburgo, quizás ningún otro acto del pueblo mexicano haya conmovido tanto la opinión europea como la Expropiación de la industria del petróleo, porque muchos otros grandes acontecimientos de la historia de nuestro país han merecido sólo la atención de los pueblos y de los gobiernos del hemisferio occidental por causa de nuestra vecindad geográfica con algunos de ellos, o bien, por razones de un origen común con otros; pero hechos de México que hayan repercutido lo mismo en América que en Europa, que en el Oriente, particularmente en las viejas naciones de las cuales surgió la cultura occidental, de las cuales nació el desarrollo de la industria moderna con todas sus consecuencias conocidas en el terreno de la técnica y de la política, hechos de México que hayan sacudido el interés y la opinión de la Europa Occidental, especialmente, han sido

Para la Memoria Histórica

(Archivo coleccionable)

VICENTE LOMBARDO TOLEDANO

sólo aquellos que han probado que México es un pequeño pero grande país, un país valiente y un país digno de sí mismo. Y estos hechos no son sino aquellos que ocurren cuando nuestra patria se yergue frente a la intromisión de un poder extraño que trata de conculcar su independencia: cuando México ha vuelto su rostro frente a la vieja Europa y le ha dicho que es capaz de defender la integridad de su territorio y la integridad de su conciencia, los europeos han aprendido a amar a México o a odiarlo; pero a respetarlo al fin y al cabo. Napoleón III significó en su época la intromisión de un imperio, a punto de derrumbarse, en tierras de América, habiendo elegido nuestro país para fincar en él una colonia más de ese imperio caduco; por eso la obra de Juárez es tan grande; el fusilamiento de Maximiliano fue simbólico: ¡Fuera el imperialismo europeo de México! Eso es lo que significó el trágico fin de Maximiliano.

La actitud de provocación constante de las empresas petroleras; su negativa, primero, a reconocer los diversos sindicatos que se organizaron en la costa de Veracruz, en la

de Tamaulipas, en otras zonas de nuestro país; su labor sistemática de sabotaje a todo acto del gobierno tendente a servirse de la industria petrolera como de una industria nacional, en la época de la Revolución, en los días de la lucha armada; la actitud de las empresas petroleras que pagaron guardias blancas para proteger sus intereses en contra de la Revolución de nuestro pueblo; todos estos actos y otros muchos posteriores, que tuvieron como propósito siempre evitar que los obreros se unificaran, que tuvieran contratos de trabajo, que nuestro país pudiera imponer, de acuerdo con sus leyes, contribuciones que permitieran aumentar el presupuesto de gastos del gobierno, toda esta labor muchas veces ilícita –porque llegó en ocasiones hasta intervenir, hasta tratar de orientar el curso futuro de la política nacional– es también un acto de intromisión indebida en la vida de México.

Por esa causa, cuando el conflicto petrolero llegó a su climax, cuando fue menester optar entre la sumisión ante el imperialismo extranjero o la lucha en contra del imperialismo, en esta ocasión representado por empresas europeas y norteamericanas, no vaciló Lázaro Cárdenas, como antes no vaciló Benito Juárez. Entonces se expropió a las industrias extranjeras, y el capitalismo inglés y el capitalismo yanqui recibieron un golpe brutal, un golpe de muerte en su pretendido programa de seguir considerando a México como una colonia extranjera.

Por esa razón estamos congregados aquí en esta fecha, no sólo para conmemorar, sino para comentar; no sólo para recordar, sino valorar, para juzgar lo que fue y para afirmar lo que ha de suceder mañana. Porque la lucha no ha concluido; no ha terminado todavía la pelea contra las empresas petroleras; ni el caso de la Expropiación del petróleo es un caso aislado en el proceso de la historia contemporánea de nuestro país. Independientemente de los obstáculos que se han levantado para impedir un arreglo de nuestro gobierno con las empresas del petróleo, independientemente -asimismo- de los mil pequeños incidentes, o grandes dificultades que todavía puedan aparecer en el curso de la lucha hasta que nuestro país establezca las bases

de arreglo y las empresas privadas las acepten, para el pago de las propiedades expropiadas, hay en este acto de nuestro gobierno, el cumplimiento de un programa general que es el que no ha concluido y es el que tiene que seguirse desarrollando. ¡Cuántas veces lo hemos afirmado!

¡Cuántas veces tendremos que afirmarlo mañana! La Revolución de nuestro país, a medida que ha transcurrido el tiempo, va afinando su Programa, lo va precisando mejor; nuestro pueblo va alcanzando cada vez más conciencia de su destino histórico, y por eso la lucha tiene que ser, a medida que el tiempo transcurre, más fuerte, más precisa, más profunda en la medida y proporción en que nuestro pueblo olvide el pasado muerto, con todos los siglos de esclavitud y de opresión, y vaya alcanzando la situación que la Revolución Mexicana prepara para él.

La Expropiación de la industria del petróleo es parte del programa de la Revolución, no porque nadie hubiera planeado la Expropiación, sino porque la Revolución ha querido lograr la libertad interior y la libertad de afuera, la libertad exterior para nuestro país; libertad de adentro, haciendo de los mexicanos hombres libres en lugar de parias; libertad por lo que ve hacia afuera, levantando la independencia de nuestro país en el concierto internacional. Y esta doble tarea, que es en el fondo una, México independiente, con hombres limpios e independientes, también ha encontrado desde su génesis todos los obstáculos posibles, todas las dificultades. No es este un caso insólito en nuestra historia, ni será tampoco el único; desde que se inició la Guerra de Independencia hasta hoy, las dificultades son las mismas, las fuerzas sociales que se disputan el progreso o retroceso de nuestra patria también son las mismas; sólo han cambiado los hombres; sólo cambian, a veces, los nombres de las instituciones que se hallan enfrente las unas de las otras; pero los sectores del pueblo, los grupos de la sociedad mexicana que pelean son los mismos. Las armas difieren también: la técnica, naturalmente, que es la más móvil porque es la creación cotidiana de la sociedad, también difiere; pero en el fondo la lucha es igual: o libertad, emancipación, independencia verdadera, demo-

cracia real, mejoramiento de las condiciones materiales y morales del pueblo, defensa y respeto para nuestro país, o mantenimiento de una esclavitud doméstica y mantenimiento de una esclavitud hacia afuera, hacia el exterior. No ha habido ninguna diferencia.

El lenguaje de los hombres de hoy es el mismo que el lenguaje de los hombres de 1910, que el lenguaje de los hombres de 1850, que el lenguaje de los hombres de 1821, que el lenguaje de los hombres de 1810. No tenemos los mismos conceptos acerca de la justicia, acerca de la patria, acerca de la humanidad, acerca de las relaciones entre los hombres; hemos variado nuestros conceptos porque no en balde el hombre ha adquirido dominio sobre el mundo físico; el hombre ha conquistado algunos secretos de la naturaleza, y la verdad cada vez es más rica; pero el ansia, la finalidad, el propósito interno, el meollo de la lucha del pueblo es idéntico; también las fuerzas que se oponen hoy a estas conquistas de libertad y de bienestar son las mismas fuerzas que se han opuesto durante toda nuestra historia.

Por eso es menester que digamos los mexicanos de este año de 1940 a todos los mexicanos que no leen, que no estudian o que sólo mueven sus corazones y su cerebro por el impulso de gentes o de instituciones que tratan de confundirlos y de enfrentarlos a la obra de la Revolución; es preciso que nosotros, que sí nos damos cuenta, que sabemos qué hay en el fondo de nuestra lucha de esta época, digamos la verdad, que la propaguemos y que hagamos ver a todos los hombres de nuestro país, sobre todo a esa gran masa de obreros y campesinos, de trabajadores del Estado, de trabajadores intelectuales, de gentes de la clase media, pauperizada también y explotada por el propio régimen de injusticia en que vivimos; es preciso, insisto, que a todos los sectores del pueblo les expliquemos la verdad y les digamos cómo este hecho no es único ni es extraordinario; lo que hoy se dice en contra de Lázaro Cárdenas es lo mismo que antes se dijo en contra de Madero, es lo mismo que se dijo antes en contra de Benito Juárez, es lo mismo que se dijo en su época en contra de José María Morelos, en contra de Miguel Hidalgo y Costilla. Y los que hicieron eso, los que

encabezaron el ataque directo a las ideologías sustentadas por aquellos caudillos del pueblo, por los líderes populares, provienen del mismo origen y hasta las palabras se parecen, a tal grado que parece que un discurso de 1810 o de 1857 que viene de ese sector de la sociedad, fuese un discurso hecho para hoy mismo y para conmemorar la expropiación de la industria del petróleo. No hemos variado, porque el régimen social en que vive nuestro país sigue siendo esencialmente el mismo.

Los elementos conservadores de hoy, de ayer, los elementos conservadores de mañana, hasta que el mañana de los conservadores exista, afirman que están de acuerdo con los profetas del pueblo, pero conservando el pasado del pueblo, el pasado muerto del pueblo, el pasado lastre del pueblo, el pasado ignominioso del pueblo, el pasado que ha hecho sangrar y sufrir material y moralmente al pueblo. Los conservadores tienen un concepto estático de la historia, un concepto inerte de la vida social, por eso es que son “revolucionarios” hacia atrás. Son gentes que tratan de destruir, en tanto que la revolución verdadera, que es la del pueblo, la única, es la afirmación más que hacia el presente, hacia el porvenir; es un acto que destruye para crear, no es un acto que destruye para acabar en el silencio.

Hoy se plantea un nuevo problema, un gran problema: no se trata sólo de saber si el pueblo mexicano organizado tiene suficiente entereza para lograr la victoria cívica, porque ella ya está asegurada. No; se trata hoy de saber si los principales sectores del pueblo mexicano, si los sectores que han sido el objeto y la base de las instituciones revolucionarias son capaces de darse cuenta de la trascendencia histórica del instante que estamos viviendo; se trata de saber si es posible que continuemos la obra de la Revolución Mexicana, o que por inconciencia, por no damos cuenta de la realidad del momento histórico, creemos que es imposible garantizar el porvenir en favor de la emancipación del pueblo, volviendo hacia atrás; de eso se trata.

Y por ello es menester que nosotros insistamos en que se trata de un dilema: o continuamos la obra de la Revolución y la desenvolvemos con todas las características

de mañana, o no sólo no impediremos que la Revolución se detenga, sino que habremos contribuido a que México vuelva hacia atrás y a que caiga en manos de una tiranía del peor tipo y vuelva al pasado histórico de México, unido a las características de un tipo de dictadura contemporánea en favor de la misma clase social expulsada de la historia del pueblo de México. De eso se trata: de decidir, de optar por el camino. Y cuando hemos dicho que tales son los términos del dilema no hemos mentado. Son los propios enemigos de este régimen de México los que lo afirman.

Yo que observo con acuciosidad, que estudio con profunda atención, por el deber que tengo de hacerlo, y por la curiosidad ingénita en mí, de averiguar también las cosas que a mi alrededor acontecen, quiero guiarme en esta ocasión, más que por los políticos de la reacción, por los intelectuales y políticos de ella, por los que conducen, por los que dicen la verdad, por los que formulan los programas de la reacción, por los que realmente dicen qué es lo que quieren, porque los que andan en la liza electoral ocultan realmente sus propósitos, toda vez que andan a caza de votos de los ciudadanos y hacen una pequeña labor de demagogia o una labor audaz de engaño, revistiendo sus propósitos a veces con palabras dulces, para que el pueblo les crea; pero los que sintiéndose sabios, los que viviendo en la austeridad del gabinete o los que sintiéndose privilegiados porque se asocian entre sí mismos para dictarle, desde el sitio eminente en donde viven, al pueblo de México, su derrotero, sí dicen la verdad, no la ocultan, y en estos últimos días la proclaman con verdadera fruición que nosotros recogemos con igual fruición por lo interesante que resultan los discursos provenientes de este sector. Y dicen así, por ejemplo: el Partido de Acción Nacional, en su programa mínimo de acción, afirma que es preciso, para que México se salve, no que la Revolución Mexicana se consolide, no que la Revolución diga: ya basta y vamos ahora a una etapa de respiro, de examen del pasado, de análisis de la obra hecha, para después continuar, como el que habiendo andado por una larga senda llena de obstáculos se fatiga, y

es menester que repose para que puedan después sus piernas continuar llevándolo hasta la meta del viaje.

No; los intelectuales de la reacción no quieren esto, pues ellos saben, también, que eso no es posible; saben muy bien que los pueblos no descansan, que los pueblos conquistan sus propósitos, que cambian de técnica, de táctica pero que nunca se cansan de buscar la justicia ni la felicidad, como los hombres individualmente pueden hacerlo acaso; los intelectuales de la reacción con toda claridad proclaman: marcha atrás, no detenimiento, no descanso, no espera, marcha atrás. He aquí los puntos del programa mínimo:

Primero: Relaciones inmediatas de México con la España de Franco;

Segundo: Reforma de la Ley de Expropiación para evitar que el jefe del Ejecutivo pueda aplicarla sin restricciones;

Tercero: Derogación del artículo tercero constitucional, con el objeto de establecer la enseñanza religiosa en la escuela primaria;

Cuarto: Supresión del divorcio y establecimiento del matrimonio perpetuo; la familia como base económica y política de la nación, es decir, la Edad Media en México nuevamente;

Quinto: Relaciones permanentes entre hacendados, arrendatarios y ejidatarios, para apoyar la obra de la Reforma Agraria;

Sexto: Limitaciones al derecho de huelga, integración del Congreso de la Unión en forma corporativa con representantes de los sectores económicos, sociales y culturales de México: las cámaras de comercio, las cámaras industriales, los sindicatos obreros, etcétera; disolución de todo partido vinculado al gobierno que trate de mantener los principios de la Revolución; prohibición para que los sindicatos se preocupen por los grandes problemas cívicos del país, y alejamiento del ejército de los problemas de la conciencia del pueblo mexicano.

Este es el programa de los intelectuales que presiden la reacción mexicana en el año de 1940.

El día 5 de este mes de marzo fue publicado el programa; lo he tomado fielmente de los órganos oficiales o de los

órganos vinculados a estas mismas personas. No se trata, pues, de discutir si debemos detenernos a considerar la obra de la Revolución descansando un poco, como tripulantes de una nave pequeña que se mueve con el esfuerzo de los hombres que intentan llegar a un pequeño puerto de refugio, en busca de descanso para después continuar el viaje, no; se trata de volver la proa, que está puesta hacia el oriente, hacia el poniente; no hacia donde va a surgir alguna vez el sol de la justicia plena para México, sino hacia donde el sol se oculta. Así quieren que regrese la nave de México los señores intelectuales de la reacción. Defienden sus intereses de clase; defienden los mismos intereses históricos que siempre han defendido.

Y este mes de marzo, quizás conmemorando la expropiación del petróleo, aparte de la publicación de este programa, cuyos puntos acabo de dar a conocer, también recoge un valiosísimo banquete de intelectuales de la reacción, de los que dirigen e integran el Instituto de Estudios Económicos y Sociales; cuatro días después de aparecido el programa de Acción Nacional, organizaron un banquete que, según dicen algunos diarios, duró más de cuatro horas y al cual asistieron ciento cincuenta intelectuales de gran prestigio. Las principales ideas expuestas en esa ocasión fueron estas: “Es una falacia el principio de que la tierra es de quien la trabaja, porque el capital y la inteligencia son también factores, tan importantes como el trabajo, y los titulares de estos factores tienen derecho a la tierra tanto como los que trabajan la tierra”. Y hubo uno que afirmó –lástima que yo no lo vi, pero hubiera sido estupendo el espectáculo, un drama profundo debe haberse reflejado en el rostro magnífico del estupendo personaje del drama– lo siguiente: “Los que han tenido la desgracia de vivir en esta generación imbécil, nada tienen que darle a la patria”. Y esta otra frase, tan profunda y tan trágica como la anterior: “México es un pueblo de cero a la izquierda, en el que se ha acabado el ansia de superación”. Y esta otra frase, que no entraña una lamentación jeremiaca ni una afirmación dramática, sino un profundo despecho y un gran rencor: “Ahora, dicen en el México de 1940, mandan las

masas, pero sin preparación y sin cultura; por eso necesitamos preparar a los niños en las escuelas a fin de evitar que las gentes salidas del montón apliquen las leyes”. Y continúan las afirmaciones de esta calidad: “No hay gobierno en México ni cámaras; sólo hay sátrapas”. Y, finalmente: “Cualquiera que sea el futuro Presidente de la República, tendrá que rectificar a Cárdenas”; y esta afirmación de gallero intelectual que es valiosísima: “Apuesto cien contra uno a que dentro de un año no habrá huelgas en el país”.

Acaba de escucharse, no la opinión de una persona, sino la opinión de un sector de la sociedad mexicana, del “estado mayor”, diríamos, de los intelectuales reaccionarios de nuestro país. Quieren retroceso; no sólo es salto atrás a la época de Porfirio Díaz, porque ahora resultaría don Porfirio Díaz un hombre peligroso para las gentes que en 1940 manejan a la reacción. Ya no les parece necesaria, ni justa, ni apropiada la enseñanza laica, no; ahora quieren la enseñanza religiosa. Ya no les parecen bien las ideas del siglo XVIII, que hicieron posible la independencia de los pueblos de América; ya no la libertad creada por los intelectuales de la Enciclopedia, ni tampoco por el régimen burgués en su época de ascenso, de crecimiento, de desenvolvimiento, de progreso, no; ya no un gobierno corporativo en donde se aniquile la voluntad individual, sino un Estado sin participación en la defensa de los intereses del pueblo: antiagrarista, antiobrera, en contra de la libertad religiosa, que estuviera vinculado al pasado muerto de México, enterrado por Miguel Hidalgo y Costilla y por José María Morelos y Pavón. Esto es lo que quieren.

Insistimos, pues, en que es preciso darnos cuenta de que se trata de volver atrás, pero muy lejos, muy atrás; no al atrás de ayer, no al atrás de 1909, sino al atrás de muchas centurias, con todo el perfeccionamiento de las ideas conservadoras y contrarrevolucionarias de nuestro medio. Por esa razón, lo que hoy reclaman es la libertad de ayer, y la libertad de los revolucionarios es la de hoy. Es este mismo grupo de intelectuales conservadores que quieren alentar al país, sin arriesgarse nunca; son estos mismos burgueses que son capaces, sólo en la intención, de luchar, y que

hacen todo el daño posible, mientras tanto su persona no se vea ni pueda verse en un pleito final.

Yo no quiero comentar lo que ellos han sido en nuestra historia; quiero ahora repetir, para juzgarlas, las palabras de un hombre insospechable para ellos mismos, de un teórico de la revolución burguesa porfirista de nuestro país, en aquel periodo en que comenzaron los ferrocarriles, los puertos, las comunicaciones, las industrias de transformación en México; cuando llegó hasta nuestra patria, un poco, el desarrollo del capitalismo de los Estados Unidos y de Europa, de aquel teórico del porfirismo, Francisco Bulnes, muy poco sospechoso de revolucionario, pero que los conoce muy bien, sin embargo, y que tiene apreciaciones muy exactas. Refiriéndose a la burguesía de 1810, que pudo haber sido revolucionaria, sumándose al Cura Hidalgo, afirma esto:

En el fondo de toda la actitud de estas gentes no hay más que la cobardía burguesa procedente del egoísmo que califica el honor de locura; la gloria, de humo; la dignidad, de quijotismo; el sacrificio, de ligereza; el heroísmo, de estupidez... Burguesía sin fuerzas intelectuales ni morales, sin pasiones nobles ni innobles, sin estremecimientos de virtud pública, ni de maldad visible; chaparra, bajo todos los niveles de grandeza; sobria, por frialdad de organismo; reservada, por exceso de servilismo; decaída, por amor a arrastrarse; enjuta, por vacía de ideales, nula para Dios y para el diablo.

Son las clases respetables de 1810, son las mismas clases respetables de 1940; son las mismas clases respetables de 1910; las de la mitad del siglo pasado; las de todos los instantes decisivos para México. "La clase respetable de 1810 quería la independencia de México, pero conservando todo lo español", lo mismo que hoy las clases respetables de México, los intelectuales respetables, quieren la Revolución, pero conservando el huertismo y el porfirismo. Por eso, aun cuando parezca muy lejana la época de Bulnes, parece su relato, el de la situación actual:

La clase respetable todo lo quería respetar del pasado, soñando un mundo sin progreso, conforme de una vez y para

siempre con la sagrada ciencia escritural. Arreglado a esas ideas, se concebía el edificio social como una casa de dos pisos: en el alto, un convento; en el bajo, una tienda de abarrotes.

Y ése es el ideal de hoy para muchas gentes de la clase respetable de nuestro país, para este estado mayor de los intelectuales de la reacción: un convento, en el alto, o una casa para los privilegiados arriba, y una tienda de abarrotes, abajo, pero no para que coman los de abajo, sino para de ahí subir los comestibles a los de arriba. Una división fragmentada y segmentada de la sociedad que se asienta, como siempre, sobre el suelo de sacrificios, de ignorancia, de explotación de las masas. Y cada acto que la Revolución realiza hoy, es acto que es castigado por esas mismas clases respetables de igual manera, de igual modo, de igual manera siempre, porque se está atacando al mismo interés social, el patrimonio del mismo sector histórico.

He ahí la trascendencia del acto que hoy nos congrega aquí en el Palacio de las Bellas Artes; un jalón más, un paso más, valioso en la conquista de la independencia de nuestra patria; pero un paso nada más. Por un lado, se quiere volver hacia el pasado, y a un pasado más oscuro quizás que cualquier etapa del pasado mismo; por la otra parte, muchos afirmamos que es preciso continuar, que es preciso insistir, que es preciso caminar, que es menester que México logre algunos de los profundos ideales del pueblo, como lo es el régimen democrático. ¿Cuándo vivirá nuestro país plenamente el régimen democrático? Apenas se inicia. Por eso hoy, claro está, se clama en contra de un partido, justamente porque por la primera vez surge un partido que puede tener raíces profundas en el pueblo; por la primera vez se interesan los principales sectores del pueblo, los miembros del ejército, los campesinos, los obreros, los asalariados, los intelectuales, las gentes de la clase media, la juventud, en los destinos cívicos de nuestro país, en la marcha histórica de la patria. Es por eso que hay que acabar con el partido. Por primera vez el proletariado va alcanzan-

do conciencia de cuál es el derrotero de nuestro país. Hay que destruir, o dividir por lo menos al proletariado.

Por la primera vez la alianza de los principales sectores del pueblo hace posible el cumplimiento de grandes actos como el de la Expropiación Petrolera. A desunir lo que está aliado, a destruir lo que está unido, a distanciar a los principales sectores del pueblo, a decirle al ejército que el proletariado es su enemigo, que el proletariado quiere levantar un ejército para combatirlo y disolverlo, a enfrentar a los campesinos con los obreros, a decirles a los campesinos: "Mira, hermano que cultivas la tierra: estás en la miseria porque hay obreros petroleros o ferrocarrileros que son millonarios a costa de tu miseria, de la de tu familia, de la de tus hijos". Distanciar, enfrentar, hacer incompatibles los ideales en cuyo seno florece la armonía en la consecución de un propósito, porque el pueblo mismo los engendra y porque son entrañas de la propia sangre mexicana; dividir, distanciar, destruir la armonía.

El día que esto ocurra en México, se habrán de cumplir los ideales de Acción Nacional; el día que esto acontezca, el gallero intelectual habrá ganado la apuesta: "Cien contra uno, a que no habrá huelgas". Y entonces, además, de no haber huelgas, no existirán sindicatos, no habrá comunidades agrarias, pero tampoco habrá libertad ni de pensamiento, ni de imprenta, ni de acción; viviremos en la sombra; no habrá lucha por la libertad ni por la luz; habrá lucha por la tiranía, lucha por la sombra. Por eso insistimos en que es preciso continuar en el camino. Pregunten a nuestro pueblo si está cansado; la respuesta es unánime: no está cansado el pueblo de esperar justicia. ¿Ya realizó la Revolución su desiderata? ¿Ya cumplió la Revolución sus propósitos? ¿Ya tenemos a todos los hombres bien comidos, bien alimentados, bien vestidos, bien instruidos? ¿Ya es posible ir a cualquier rincón de México sin encontrar indios macilentos que apenas balbucean su propio idioma? ¿Ya es posible ir a cualquier rincón del país sin encontrar indios desnudos, acobardados, perseguidos? ¿Ya son todos los hombres de México alegres, sanos, hombres que pueden leer, que pue-

den discutir los problemas de su patria? Desgraciadamente no, todavía.

Vayamos a cualquier rincón de México, no sólo en el sector indígena, en los grupos de indígenas, sino en la gran masa campesina. ¿Ya comen bien, ya visten bien, ya se alojan bien, ya se ilustran, ya son un factor de creación, no sólo en el sentido material, sino también en el sentido humano al lado de los otros grupos de la población? Desgraciadamente no.

Y en el sector obrero, y en el sector que se dice privilegiado, vayamos a los hogares de los obreros no calificados e inclusive a los de algunos obreros calificados en muchas ramas de la industria: ¿Ya son felices? ¿Ya pueden educar a sus hijos con libertad? ¿Ya no tienen que llamar a sus hijos, apenas crecen, para que vayan a la calle con el objeto de aumentar el mísero jornal del padre? ¿Ya pueden ellos mismos mejorar su cultura individual? Desgraciadamente no; no tienen todavía un salario que les permita vivir bien, sin grandes sacrificios.

Y nuestro ejército no disfruta todavía, porque no ha podido nuestro país pagar mejores salarios, no disfrutaban todavía de buenos salarios los soldados, los oficiales y los jefes. ¿Reciben ya la recompensa que merecen como guardianes de las instituciones revolucionarias? Desgraciadamente no.

Ése es el panorama de nuestro país. La culpa, ¿de quién es? ¿Será del pueblo que quiere romper las cadenas de la esclavitud, la ignorancia del pasado, y que lucha por conquistar una situación mejor, por engrandecer al país en el orden económico, en el orden único, en el orden moral? No es culpa del pueblo; es culpa de los enemigos del pueblo, de los que tratan de impedir el progreso de nuestro pueblo. Por esa razón insistimos en que es preciso caminar; nuestro pueblo no está cansado de buscar justicia, no está cansado de buscar la libertad; ningún pueblo se cansa de esto; a veces el pueblo se desorienta, a veces el pueblo se inhibe, a veces el pueblo duda; es víctima de un momento transitorio de derrotismo; pero el pueblo no se cansa de

esperar, porque el pueblo no se cansa de tener la ilusión de poder vivir en un mundo en el que reine la justicia y en el que reine la libertad.

Loemos, pues, una vez más, el acto de Lázaro Cárdenas; aplaudamos una vez más la expropiación de la industria del petróleo; reunámonos una vez más para llevar a cabo este análisis de la situación de México, en función de su pasado, y tomando en cuenta los ideales del porvenir, y preparémonos, como un acto positivo de nuestro homenaje al 18 de marzo de 1938, a dar la batalla a favor de la continuación de la obra trascendental de la Revolución Mexicana. No se pueden quejar nuestros enemigos, ni siquiera tienen ahora, los enemigos de la Revolución, el argumento de que México es un país en el que no se puede ya vivir, en el que no hay garantías para la propiedad privada, en el que no hay garantías para los capitales particulares. Estos argumentos tantas veces escuchados por todos nosotros, son argumentos que se han ido oyendo de los labios de los propios representantes de la clase social privilegiada de nuestro país; hoy mismo, hoy, 16 de marzo de 1940, los diarios publican una valiosa declaración de la Asociación de Banqueros, en la que se afirma que ha vuelto la confianza en todos ellos –son muy susceptibles de perderla– que ha vuelto la tranquilidad a sus bancos y a sus instituciones de crédito, porque el país vive hoy una situación económica mucho mejor que la de años pasados, y el propio órgano oficial de la Secretaría de Comercio de los Estados Unidos de Norteamérica, aparecido el 24 de febrero próximo pasado, también lo afirma: “La situación del México de hoy es mucho mejor que la situación de hace un año y de hace dos años; México se desenvuelve, México progresa”. Claro, porque a pesar de todo, no se ha podido ocultar que las cosechas de trigo y de maíz, que acaban de ser levantadas, son, de acuerdo con la estadística, las mejores cosechas de toda la historia del pueblo mexicano. Los Ferrocarriles Nacionales de México jamás habían transportado el volumen de carga de procedencia rural que se

transportó en los últimos meses del año pasado y en los primeros del que corre, y para que se vea hasta qué punto es tranquilizadora –¡cómo no había de serlo!– para la burguesía nacional y para el capitalismo extranjero, la situación de México en los últimos seis meses, a partir de estos meses de marzo hacia atrás, se han creado en nuestro país quince empresas financieras y cinco nuevos bancos. “México no da garantías al capital”; “en México la propiedad está amenazada”; “en México las inversiones no tienen éxito”. ¡Mentira solemne! ¡Qué más querían los propietarios del capital extranjero que obtener en sus países de origen los intereses y las utilidades que logran en México, cuando invierten en nuestro país parte de su fortuna! ¡Qué más quisieran que lograr en los Estados Unidos las rentas que logran en México! ¿En qué país de gran desenvolvimiento económico, de gran progreso industrial, se recobra tan rápidamente, como en México, el capital invertido, no importa cuál sea la rama de producción a la cual se dedican? En ninguno.

México es un país que ha pagado ya muchas veces el capital invertido en todas sus industrias, particularmente en las industrias poseídas por extranjeros; jamás se podrán quejar. La investigación que se realizó, en el caso de la industria petrolera, lo probó, ¡y en qué forma! Muchas veces han recuperado todo el capital invertido en el petróleo. Los intereses del capital, aparte de sus utilidades, son mucho más grandes que los que devenga el mismo capital del propio origen en los países de su procedencia. En México, 1940 lo confiesan ellos, cuando el año apenas empieza a caminar, a vivir, es un año próspero, próspero en utilidades.

Y nosotros, los revolucionarios de México, también estamos felices, porque este año tendremos una gran victoria histórica: la continuación de la Revolución Mexicana en el porvenir.

Discurso pronunciado en el mitin celebrado en el Palacio de Bellas Artes el 16 de marzo de 1940. Publicado con el título “La expropiación petrolera marca el momento crucial de la historia de México”. El Popular. México, D. F., 18 de marzo de 1940. Véase VL T, Obra histórico-cronológica N, vol. 1, pag. 195. Ediciones del CEFPSVLT. México, D. F., 1997.